

de anarquía y desconcierto, que los expulsados aristócratas hallaron medios de reconquistar su perdido predominio. Ahora bien; la poesía de Teognis pertenece evidentemente, á juzgar por su carácter político, á la época en que dió comienzo esta democracia, más cercana quizá de la 70.<sup>a</sup> Olimpiada (500 a. Chr.) que de la 60.<sup>a</sup> (540 a. Chr.); porque aunque Teognis, según testimonio de los antiguos, nació antes de la 60.<sup>a</sup> Olimpiada, resulta de sus propios versos, que vivía en la época de las guerras médicas (75.<sup>a</sup> Olimpiada, 480 a. Chr. <sup>1</sup>). En los Estados de la Grecia antigua iban generalmente acompañadas estas revoluciones, de una distribución de las vastas posesiones territoriales de la nobleza entre los plebeyos (γῆς ἀναδασμοί)—leyes agrarias por extremo peligrosas;—y precisamente una nueva división del territorio megarense, hecha por el partido democrático, había privado á Teognis, que á la sazón se hallaba ausente, del rico patrimonio que le legaran sus padres. El poeta, pues, aspira á vengarse de aquellos que le habían despojado de sus bienes, mientras que sólo había podido salvar su vida como un perro que lucha con cuanto se opone á su paso para atravesar á nado un torrente <sup>2</sup>), cuando el grito de la grulla que anuncia la época de dar comienzo á los trabajos agrícolas, le recuerda sus fértiles campos labrados ahora por manos extrañas <sup>3</sup>). En efecto, estos fragmentos están plagados de alusiones á las violencias políticas de este género que solían acompañar en Grecia á los triunfos de la democracia. Una de las medidas favoritas de los nuevos poderes, consistía siempre en tales casos, en recibir en el seno de la municipalidad soberana á los periecos, esto es, á los agricultores que, ocupados en sus tareas agrícolas, estaban excluidos de tomar parte en el gobierno. Con este motivo, dice Teognis <sup>4</sup>): «Oh, Cirno, esta ciudad es aún la misma ciudad; pero ahora la habita un pueblo diferente, que no conocía antes tribunales ni leyes, que vestido con pieles de cabra labraba los campos, y que, como tímido cervatillo, se mantenía siempre alejado de la población; y he aquí, oh hijo de Polipais, que los que en otro tiempo eran los buenos, son ahora los malos.

<sup>1</sup>) [No puede asegurarse si los dos versos 764 y 775 aluden á la primera guerra médica ya comenzada, ó sólo á la conquista de las ciudades jónicas.]

<sup>2</sup>) Versos 345 y ss. de Bekker.

<sup>3</sup>) Versos 1197 y ss.

<sup>4</sup>) Versos 53 y ss.

¿Quién podría tolerar esto?» Las expresiones *buenos* y *malos* (ἀγαθοί, ἐσθλοί y κακοί, δειλοί), que en los últimos tiempos tenían un significado puramente moral, empleábalas evidentemente Teognis en sentido político, queriendo designar á los nobles y á los plebeyos; y aún es más verosímil que el uso de estos vocablos se fundase en la convicción que abrigaba el poeta de que sólo pueden esperarse sentimientos nobles y una conducta honrada, de hombres de ilustre progenie y miembros de una familia de muy antiguo experimentada en la paz y en la guerra. De aquí que, sobre todo, se lamenta de que los buenos, esto es, los nobles, no sean más estimados que los ricos, y de que las riquezas sean objeto exclusivo de general ambición. «Nadie estima más que la opulencia, y por ella el bueno se casa con la hija del malo, y el malo con la hija del bueno. Las riquezas mezclan las razas (πλοῦτος ἔμιξε γένος). No te maraville, pues, oh hijo de Polipais, que la raza de los ciudadanos pierda su esplendor cuando los buenos y los malos se mezclan y se confunden» <sup>1</sup>). Estas quejas toman ciertamente en labios de Teognis un acento más doloroso y de más profunda amargura, porque habiendo el poeta mostrado deseos de casarse con una joven á quien amaba, había sido rechazado por los padres de su amada, que prefirieron para esposo de ésta á un plebeyo <sup>2</sup>); pero la muchacha, que cautivada de la noble progenie de Teognis, odiaba á su innoble prometido, fué, disfrazada, en busca del poeta, «ligera, dice, como un pajarillo» <sup>3</sup>). Reuniendo y coleccionando diversos pasajes, puede formarse también un breve poema amoroso, en el cual la joven es la mantenedora del honor de su clase, y no sus tiránicos y orgullosos padres. Es evidente que todo cuanto tiene relación con esta amorosa historia, debió en un principio estar contenido en una misma elegía.

Por lo que hace á la reunión de estos fragmentos en elegías extensas y completas, debe observarse que todas estas quejas, exhortaciones y máximas políticas van dirigidas á un joven amigo del poeta, á Cirno, hijo de Polipais <sup>4</sup>), cuyo nombre aparece

<sup>1</sup>) Versos 189 y ss.

<sup>2</sup>) Versos 261 y ss.

<sup>3</sup>) Versos 1097-1098. [Muy semejante es el pensamiento que encierran los versos 257 á 260, en los cuales parece expresarse también el odio contra un marido de inferior condición.]

<sup>4</sup>) Elmsley ha observado que Πολυπαίδης debe leerse como denominación patronímica. Confirma plenamente esta observación el hecho de que Πολυπαίδης

muy á menudo en estos fragmentos; y que cuando en lugar de éste se encuentra otro nombre cualquiera, ó el asunto de la elegía es distinto ó está tratado de diverso modo. Así, por ejemplo, consérvase aún un fragmento bastante extenso de una elegía dirigida por Teognis á un amigo suyo nombrado Simónides, en la época de aquella revolución de que en los poemas dirigidos á Cirno se habla como de acontecimiento ya pasado. En dicho pasaje se representa la sublevación, en la imagen, frecuentemente empleada, de una nave combatida por las olas y por el huracán, cuya tripulación, deponiendo al hábil piloto, confía el timon al más ignorante grumete. «Esto, añade el poeta, manifiéstese al bueno en lenguaje enigmático, aunque el malo, si tiene entendimiento, también pueda comprenderlo»<sup>1)</sup>. Claramente se ve que este poema fué compuesto en la época del terror, que encadenaba hasta la palabra, mientras que, por el contrario, en sus poesías dedicadas á Cirno, Teognis emite franca y desembarazadamente sus opiniones; y tan lejos está de ocultar el odio que profesa al partido democrático, que expresa su deseo de beber algún día la sangre de los que le habían despojado de sus bienes<sup>2)</sup>.

En cuanto á las relaciones que entre Cirno y Teognis mediaban, parece indudable que el hijo de Polipais era un joven de noble prosapia á quien el poeta profesaba tierno y paternal cariño, y á quien trataba de hacer «bueno» en el sentido que él daba á esta palabra. El afecto que Teognis mostraba á Cirno debía ser mucho más profundo en las elegías completas, de lo que á primera vista parece cuando se juzga sólo por los fragmentos gnómicos que han llegado hasta nosotros, y en los cuales el nombre de Cirno no es en realidad más que una voz expletiva. Consérvanse aún algunos pasajes que nos dan idea exacta de sus relaciones: «Cirno, dice el poeta, cuando tú sufres, todos lloramos contigo;

no se encuentra jamás delante de una consonante, y en cambio se la halla nueve veces delante de vocal y en pasajes donde el verso requiere un dactilo. Existe estrecha relación entre las arengas donde se encuentran los nombres de Κύρνε y Πολυπαΐδης. Πολυπαΐς es sinónimo de Πολυπάμων: ambos significan rico propietario.

<sup>1)</sup> Véanse versos 667 á 682. Encuéntrase una alusión manifiesta al γῆς ἀναδασμύς, de que hemos hablado en los versos:

χρήματα δ' ἀρπάζουσι βίη, κόσμος δ' ἀπόλωνεν,  
 δασμὸς δ' οὐκέτ' ἴσος γίγνεται ἐς τὸ μέσον.

<sup>2)</sup> Verso 349.

pero para tí, el dolor por los males de otro es pasajero y fugaz»<sup>1)</sup>.—«Yo te he dado alas con que puedas remontarte sobre el mar y sobre la tierra, y siempre estarás presente en los banquetes donde los jóvenes cantarán en tu honor al son armonioso de la flauta. En los tiempos venideros, tu nombre será querido por cuantos aman el canto, mientras que el sol y la tierra existan. En cambio, tú apenas me respetas, y me engañas con palabras como se engaña á un niño»<sup>2)</sup>. Claramente se ve que Cirno no depositaba en Teognis toda la confianza que éste hubiera deseado; y es asimismo indudable que este afectuoso lenguaje y estas dulces reconvenções eran dirigidos por Teognis al hijo de Polipais en el sentido de las puras y nobles costumbres dorias primitivas; y que de ningún modo deben verse en ellos, ni remotamente, ningún género de inmorales relaciones con las cuales no estaría de acuerdo el elogio que el poeta hace al joven de la vida conyugal, ni el consejo que le da, de que contraiga matrimonio<sup>3)</sup>. Cirno, por otra parte, ha llegado ya á una edad en que puede ser enviado en calidad de embajador sagrado (θεωρός) á Delfos, para traer un oráculo á la ciudad; y Teognis le exhorta á conservarlo fielmente en la memoria sin agregar ni omitir una sola palabra<sup>4)</sup>.

Los poemas de Teognis, aun en su forma actual, nos trasportan al medio de un círculo de amigos que formaban casi una sociedad de comensales por el estilo de las Philitias<sup>5)</sup> que de muy antiguo existían en Esparta y en Megara. Estas sociedades podían estar destinadas á reanimar y mantener las tendencias y aspiraciones aristocráticas, á semejanza de los banquetes públicos de Esparta, los cuales se nos describen como asambleas de nobles. Teognis mismo representa á aquellos que, según las primitivas constituciones de Megara ejercían el poder supremo, como las únicas personas con quienes se debía beber y sentarse á la

<sup>1)</sup> Versos 655 y ss.

<sup>2)</sup> Versos 237 y ss.

<sup>3)</sup> Verso 1225.

<sup>4)</sup> Versos 805 y ss.

<sup>5)</sup> [La opinión emitida por O. Müller en sus *Dorier*, vol. 2, p. 274 de la 2.ª edic., de que la forma φιλιτια fuera el antiguo nombre espartano de estas asociaciones, convertido más tarde, por irrisión, en φειδίτια descansa en un error. Φειδίτια es la denominación primitiva; φιλιτια una frase explicativa de aquella, bastante posterior. Véase Ahrens, *de dialecto dorica*, p. 85.]

mesa, y las únicas también á quienes todos debían esforzarse en agradar <sup>1)</sup>. Es, pues, evidente que todos los amigos nombrados por Teognis, y no sólo Cirno y Simónides, sino también Onomácrita, Clearisto, Democles, Demonax y Timágoras, pertenecían á la clase de los «buenos,» por más que las máximas políticas no vayan dirigidas más que á Cirno. Las vicisitudes de la vida de cada uno de estos amigos y las cualidades de que cada uno de ellos hacía gala en los banquetes, daban margen á elegías diversas y probablemente breves. Ya lamenta el poeta un viaje desgraciado de Clearisto y le promete prestarle la ayuda á que tiene derecho por sus antiguas y estrechas relaciones de familia <sup>2)</sup>; ya augura un próspero viaje por mar á este mismo ó á otro amigo <sup>3)</sup>. En una elegía se despide de Simónides, como presidente de la sociedad, y le exhorta á dar amplia libertad á los comensales, á no detener al que desee abandonarla, á dejar descansar al que duerme, etc. <sup>4)</sup>; y en otra, dirigiéndose á Onomácrita, deplora las consecuencias de la gula <sup>5)</sup>. Pocos de estos cantos parecen haber logrado traspasar las barreras de este círculo de amigos; si bien la fama de Teognis, merced á los viajes del poeta, habíase propagado, cuando él aún vivía, á comarcas muy lejanas de Megara <sup>6)</sup>, y sus elegías eran cantadas en muchos banquetes <sup>7)</sup>.

<sup>1)</sup> Versos 33 y ss.

<sup>2)</sup> Verso 511.

<sup>3)</sup> Versos 691-692.

<sup>4)</sup> Versos 467 y ss. [Según Bergk, los versos 476 á 496, forman una elegía completa.]

<sup>5)</sup> Versos 503 y ss. [Acerca del arriba nombrado Onomácrita, véase á Bergk.]

<sup>6)</sup> [Versos 22 y ss.]

<sup>7)</sup> El mismo Teognis habla de sus viajes á Sicilia, Eubea y Esparta, versos 783 y ss. En Sicilia compuso la elegía, ya en el texto mencionada, para sus conciudadanos los habitantes de Megara Hiblea, colonos de Megara. En Eubea debió componer los versos 891 á 894. Encuéntrase en ellos muchas alusiones á Esparta; y el pasaje versos 881 á 885 está sacado probablemente de una elegía de Teognis á un amigo suyo espartano, que poseía una viña en el Taigeto. Los versos 1209 y 1211 y ss. son los más enigmáticos y de explicación más difícil, y es poco menos que imposible conciliarlos con las circunstancias que de la vida de Teognis conocemos. [Es muy posible que estos versos como los ya antes mencionados, del 891 á 894, no sean de Teognis. Es por otra parte indudable que las colecciones que hasta nosotros han llegado contienen versos de otros poetas, si bien las tentativas hechas muy especialmente por Hartung para nombrar á cada uno de sus autores, solo raras veces tienen verdadero fundamento.]

Como quiera que las poesías de Teognis están plagadas de alusiones á los banquetes, estos fragmentos que aún se conservan, pueden darnos una idea clara y exacta de las circunstancias extrínsecas que acompañaban á la elegía. Terminada la comida, llenábanse las copas para la libación solemne y dirigíase á los dioses, especialmente á Apolo, una plegaria que en muchas comarcas de Grecia se convertía en un Pean; y aquí daba comienzo la parte más alegre y más turbulenta, á la cual Teognis, como Píndaro, denomina *κόμος*; si bien esta palabra en su sentido más estricto, significa el alegre y ruidoso paseo de los comensales, después de la comida <sup>1)</sup>. Ahora bien; el *Cómos* exigía acompañamiento de flauta <sup>2)</sup>; y así Teognis habla en muchos pasajes del flautista que acompañaba los poemas cantados mientras los comensales bebían <sup>3)</sup>; al paso que, por el contrario, rara vez menciona la lira y la cítara (ó *forminge*), si no cuando habla del canto durante la libación solemne <sup>4)</sup>. Esta era la ocasión oportuna para la elegía, que entonaba con acompañamiento de flauta uno de los comensales, dirigiéndose ya á todos los concurrentes, ya también como era constante uso en Teognis, á sólo uno de ellos.

Réstanos hablar aquí de otro poeta cuyas obras ofrecen un carácter muy diverso del que revisten las que hasta ahora hemos examinado de los otros elegíacos. No era este un hombre del pueblo, un hombre de Estado, sino un filósofo de cuya importancia en materia de especulación metafísica, trataremos en otro lugar. *Jenófanes* de Colofon que, hacia la 68.<sup>a</sup> Olimpiada (508 a. Chr.) fundó la renombrada escuela de Elea, había ya expresado en diversas elegías cuando aún habitaba en Colofon, sus ideas y sus sentimientos sobre las cosas que le rodeaban <sup>5)</sup>. Sus elegías, como las de Arquíloco, Solon, Teognis, etc., estaban destinadas á ser recitadas en los banquetes; encontramos en Ateneo <sup>6)</sup>, un fragmento bastante extenso en el cual se describe con gran

<sup>1)</sup> Véase Teognis, versos 829, 940, 1046, 1065, 1207.

<sup>2)</sup> Véase p. 184.

<sup>3)</sup> Versos 241, 761, 825, 941, 975, 1041, 1056, 1065.

<sup>4)</sup> Versos 534, 761, 791.

<sup>5)</sup> Encontramos, sin embargo, en Diógenes Laercio 9, 19, versos elegíacos de Jenófanes donde habla de su edad de noventa y dos años y de sus muchos viajes á Grecia.

<sup>6)</sup> [II, 462, c, de Bergk, p. 476 y ss.]

exactitud y elegancia el comienzo de un banquete y se exhorta á los comensales á cantar (en versos elegiacos), una vez terminadas las libaciones y los himnos en alabanza de los dioses, maravillosas hazañas y el elogio de la virtud, en vez de celebrar las invenciones de los antiguos poetas sobre los combates de los Titanes, de los Gigantes y de los Centauros, y otras ficciones de este género. Infírese de aquí que Jenófanes no gustaba de los entretenimientos vulgares con que sus conciudadanos amenizaban los banquetes; así como de otros fragmentos se deduce con más claridad que Jenófanes juzgaba la vida de los Griegos desde la elevada esfera de sus aficiones filosóficas. No solo censura en los Colofoneos el lujo que habían tomado de los Lidios <sup>1)</sup>, sino que condena también la falsa opinión de los Griegos que tenían en más estima al vencedor olímpico en la carrera y en la lucha, que al hombre sabio <sup>2)</sup>; sentencia que debía parecer terrible herejía á los Griegos sus contemporáneos.

Proponiéndonos seguir en esta parte la historia de las diversas manifestaciones de la poesía hasta la época de las guerras médicas, fuerza nos es hablar ahora de *Simónides* de Ceos, famoso poeta lírico contemporáneo de Píndaro y de Esquilo, aunque de más edad que ellos, y el cual se distinguió tanto en la elegía, que es de todo punto imposible cerrar la serie de estos antiguos maestros en este género, sin darle en ella cabida. Se asegura que en un agón organizado por los Atenienses, al cual concurrieron los principales poetas, Simónides venció al mismo Esquilo

<sup>1)</sup> Las mil personas vestidas de púrpura que *antes de la época de los tiranos* se reunían, según Jenófanes (Filocoro en Ateneo 12, p. 526, a) en la plaza pública, formaban evidentemente una burguesía (*πολίτευμα*) más limitada que aquellas que en estas épocas aristocráticas, en las cuales las antiguas aristocracias hereditarias se transformaban en democracias, existían en Region, Locri, Crotona, Agrigento y Cumas en la Eolia. [Si la hipótesis de Bergk, según la cual estos versos (Fragm. 3) pertenecieron á la *κτίσις Κολοφῶνος*, es exacta, debemos recordar lo que más arriba, pág. 186, hemos observado acerca del carácter de las elegías de Mimnermo, con tanta más razón cuanto que también era colofoneo. Por lo demás, verosíblemente el dato esticométrico que se encuentra en Diógenes Laercio 9, 20, en que se dice de Jenófanes: *ἐποίησε δὲ καὶ Κολοφῶνος κτίσιν καὶ τὸν εἰς Ἑλλάδα τῆς Ἰταλίας ἀποικισμὸν ἔπη β*, es inexacto, porque el número de 2000 versos se refiere á toda la colección de poesías de Jenófanes, pues Diógenes sin duda no se ha tomado el trabajo, vicio en él muy frecuente, de citar todos los títulos de las mismas.]

<sup>2)</sup> [En Ateneo 10, p. 413-414. Fragn. 2.]

en la composición de una elegía en honor de los héroes muertos en la batalla de Maraton (en el año 3 de la 72.<sup>a</sup> Olimpiada. 490 a. Chr.) El antiguo biógrafo de Esquilo que refiere esta historia <sup>1)</sup>, añade á guisa de explicación, que la elegía reclamaba una dulzura de sentimiento muy ajena al carácter del poeta cuya vida escribía. El célebre pasaje lírico que contiene las quejas de Danae <sup>2)</sup>, y otros fragmentos de la poesía de Simónides que aún se conservan, son clara prueba de que su autor poseía en alto grado la cualidad que faltaba á Esquilo, y de que era gran conocedor de los efectos patéticos; así, es más que verosímil que en la elegía á los héroes muertos en la batalla de Maraton, así como en la que compuso á los que sucumbieron en el combate de Platea <sup>3)</sup>, no dejase de lamentar la pérdida de tantos valientes, y de expresar el profundo dolor de las viudas y de los huérfanos, cosa perfectamente conforme con los sublimes patrióticos arranques que brillan en estos poemas, especialmente al final de los mismos. Simónides, lo mismo que Arquíloco y otros poetas, empleó la elegía como canto fúnebre; la Antología griega contiene al menos muchos pasajes de Simónides que más que epigramas parecen fragmentos de elegías más extensas en que el poeta lloraba con lastimeros acentos, que partían de lo más profundo de su corazón, la muerte de personas queridas. Un ejemplo de esto nos ofrecen los versos de Gorgo que, ya moribunda, dice á su madre: «Quédate aquí al lado de mi padre, y sé con mejor suerte madre de otra hija que te cuida en la vejez» <sup>4)</sup>.

Vemos en este nuevo ejemplo, de cuántos diversos caracteres era susceptible la elegía en manos de poetas diferentes, pues ya se nos muestra dulce y patética, ya viril y robusta. No es esta, sin embargo, una razón para dividirla y clasificarla en otros tantos géneros diversos, como, por ejemplo, en elegía militar, política, simpótica, erótica, fúnebre y sentenciosa; porque, por una parte, á veces elegías de carácter diverso se combinaban formando un mismo poema; y por otra, puede decirse que los límites que se paran á cada uno de estos distintos géneros no están tampoco

<sup>1)</sup> [P. 119, 45 de Westermann.]

<sup>2)</sup> [Fragm. 37 de Bergk.]

<sup>3)</sup> [También la batalla de Salamina fué verosíblemente asunto de una elegía. Véase Bergk, *Poetae lyrii*, p. 1145.]

<sup>4)</sup> [Estos versos no son, como supuso Schneidewin, de una elegía, sino que formaban un epigrama. Véase Bergk, fragm. 116.]

bien definidos, pues que la elegía era casi siempre simpótica por la ocasión que la motivaba, y en la mayor parte de los casos también política, por razón de su asunto; además, la elegía, conservando siempre este carácter fundamental, revestía otro carácter que podríamos llamar secundario: erótico, lastimero ó gnómico. Sobreexcitado por acontecimientos y circunstancias externas, el poeta, ya en los banquetes en que se hallan reunidos sus amigos, ya en asambleas más numerosas, da rienda suelta á su imaginación, y forma poética á sus propios sentimientos. La libre y espontánea expresión de los sentimientos constituye, en efecto, la esencia de la elegía griega. La libertad y la expansión conducen necesariamente á la tranquilidad y á la calma; y desembarazándose entonces el ánimo de sus temores y de sus cuidados, llega á un estado de suprema quietud al terminar del poema. Cuando la nación griega entró en el período en que las máximas generales de conducta, resultado de la contemplación de la vida humana, principiaron á expresarse en forma de proverbios—período que comenzó con los Siete Sabios—los poetas elegiacos emplearon estas máximas para hacer pasar al espíritu de la agitación á la calma. En este sentido, puede considerarse como *gnómica* la elegía de Solon, de Teognis y de Jenófanes, si bien nunca se la puede suponer una rama esencialmente distinta de los demás géneros elegiacos.

Parécenos este el momento más oportuno para hablar, siquiera sea brevemente, de un género poético secundario, del *epigrama*, cuya forma más apropiada era la elegíaca; si bien se componían también epigramas en otros metros, por ejemplo, en exámetros, como los atribuidos á Homero<sup>1)</sup>. El epigrama fué en su origen, como su mismo nombre lo indica, la inscripción grabada en una piedra sepulcral<sup>2)</sup>, en las tablas votivas de un templo ó en cualquiera otro objeto que exigiera alguna explicación: más tarde,

<sup>1)</sup> [En Pseudo-Plutarco, *Vita Homeri* § 225, aparece Homero como inventor del epigrama, y citase como prueba en abono de esta opinión la Iliada 7, 89-90 y 6, 400-401.]

<sup>2)</sup> [El epigrama como inscripción sepulcral recibe generalmente el nombre de *ἐπιθῆβαιον*, como por ejemplo en Plutarco, *Pelopidas* c. 1, *Nicias* c. 17. Entre las más antiguas poesías de este género, cuéntase, sin duda, la inscripción del sepulcro del rey Midas de Frigia, que Platon en *Phedrus*, p. 264, cita á causa de su artística construcción, pues lo mismo puede leerse comenzando por el principio que comenzando por el fin. Véase Bergk, *gr. Litteratur*, vol. 1, p. 779 y Duncker, *Geschichte des Alterthums*, vol. 1, p. 486 de la 4.ª edic.]

por analogía con los verdaderos epigramas, se dió este mismo nombre y expresáronse en la misma forma, las ideas y pensamientos que, despertados por la presencia de un objeto cualquiera, podían servir á éste de inscripción. La preferencia que para este fin se otorgó á la forma elegíaca, nació sin duda de la estrecha y natural conexión de los epitafios con los cantos fúnebres, los cuales, como ya hemos visto, componíanse desde los primeros tiempos en aquel metro; pero así como la elegía abarcaba las relaciones todas de la vida humana susceptibles de producir una emoción viva, así también el epigrama podía figurar lo mismo en un monumento bélico, que sobre la tumba de un pariente ó de un amigo. La simple indicación, hecha de un modo elegante y conciso, del significado de un objeto cualquiera ó del uso á que se le destina, como, por ejemplo, en una ofrenda, el nombre de la persona que la hacía, el dios á quien estaba dedicada y el asunto que representaba, era tenida por los antiguos en grande estima; y á menudo se atribuían á los poetas más famosos, epigramas que no tenían otro mérito que el de ser breves y completos, y el de estar compuestos en un metro perfectamente adecuado al pensamiento que expresaban. En general, sin embargo, tendía el epigrama á ennoblecer el asunto merced á la elevación de la idea y á las bellezas del lenguaje; pero no era cualidad esencial del epigrama griego el vivo colorido de las imágenes y la agudeza de ingenio que hoy se exige en aquel género de composición, sino que únicamente se requería que la idea principal estuviese contenida toda entera en los estrechos límites de pocos dísticos y al mismo tiempo expuesta con claridad suficiente para que pudiera ser comprendida por el auditorio. Merced á esto, el epigrama adquirió en los poetas antiguos una enérgica concisión y una sencillez de pensamiento que le distinguían profundamente de la elegía, donde encontraban ancho campo los sentimientos del poeta<sup>1)</sup>.

No mucho tiempo después de nacer la elegía, se compusieron

<sup>1)</sup> [El traductor francés califica, y no sin razón, esta interpretación de forzada y de puramente arbitraria. A su juicio sería mucho más lógico suponer que la forma del dístico, ensayo de estrofa que limitaba naturalmente el pensamiento, debía ofrecerse espontáneamente al poeta epigramático que iba á expresar en su poema un pensamiento limitado, y el cual habríale obligado á desarrollar la no interrumpida corriente del exámetro. Véase también lo que el autor dice del diálogo Hiparco, p. 228, d, atribuido á Platon.]

probablemente epigramas en metro elegíaco, de los cuales se encuentran algunos en la Antología, con los ilustres nombres de Arquíloco, Safo y Anacreonte <sup>1)</sup>; pero los epigramas genuínos de aquella remota época no ofrecen carácter alguno particular. Estaba reservado á Simónides, con el cual hemos terminado la serie de poetas elegíacos, el dar al epigrama la perfección de que era susceptible; y favorecióle, por cierto en alto grado, las más propicias circunstancias, puesto que gozando de gran celebridad y estima en Atenas y en el Peloponeso, los Estados que guerreaban contra los Persas encomendábanle á menudo inscripciones para las tumbas de sus guerreros. El mejor y el más celebrado de sus epigramas es el inimitable epitafio á los espartanos muertos en las Termópilas, y que, en efecto, existió en aquellos lugares: «Extranjero, ve y dí á Esparta que yacemos aquí por haber obedecido sus leyes» <sup>2)</sup>; nunca el valor heroico fué expresado con tanta dignidad y majestuosa sencillez. En todas estas composiciones, hace resaltar el poeta, la circunstancia más característica de la batalla en que murieron los héroes: así, en el epigrama á los atenienses muertos en Maraton, se dice: «Peleando en la *vanguardia* de los Helenos, los Atenienses han destruído en Maraton el poder de los Medas resplandecientes de oro» <sup>3)</sup>. Cítanse aún otros muchos epigramas de Simónides destinados á servir de epitafios en tumbas de particulares: de entre éstos sólo recordaremos uno que difiere de los demás en que, merced á su tono por extremo sarcástico, es un verdadero epigrama en el sentido que hoy se da á esta palabra. Es éste el que compuso para la tumba de Timocreonte, poeta lírico y atleta de Rodas, rival de Simónides en la poesía, y de quien el poeta de Ceos había recibido no pocas injurias: «Aquí yace Timocreonte de Rodas, el cual comió mucho, bebió mucho y calumnió más» <sup>4)</sup>. A los epitafios van natural-

<sup>1)</sup> [Con sinrazon manifiesta, son considerados como epigramas no pocas poesías en exámetros falsamente atribuidas á Homero.]

<sup>2)</sup> [La afirmación de que Simónides es el autor de este epigrama, como Ciceron, *Tuscul.* 1, 42, de acuerdo con la *Anthol. Palat.* 7, 249, indica, ha sido combatida y desechada por Kaibel, *Jahrb. für klass. Philologie*, vol. 105, p. 801. De todas suertes esta opinión era antiquísima, pues que ya Heródoto 7, 228, la conocía.] \**Simonidis Cei carminum reliquiae*, edición de Schneidewin, p. 147. Fragm. 92 de Bergk.

<sup>3)</sup> En Licurgo, *Oración contra Leocrates* § 109, y Aristides, vol. 2, p. 511 de Dindorf, fragm. 90.

<sup>4)</sup> Fragm. 169.

mente unidas las inscripciones votivas, sobre todo cuando unos y otras se refieren á las guerras médicas, pues si con los primeros se pagaba una deuda á los muertos, con las segundas los vencedores vivos daban gracias á los dioses. Una de las mejores de entre estas últimas se refiere á la batalla de Maraton; pero su principal mérito está en la elegancia del lenguaje y en la sencillez de la expresión, de tal modo, que pierde todas sus bellezas al hacerse de ella una traducción en prosa <sup>1)</sup>. Fué colocada esta inscripción en la estatua de Pan, erigida por los Atenienses en una gruta debajo de la Acrópolis, porque según la creencia popular el dios de la Arcadia les había ayudado en Maraton: «Milciades me ha erigido á Pan, el caprípedo, el arcadio, enemigo de los Medas y amigo de los Atenienses.» Pero á menudo Simónides veíase obligado á expresar sentimientos de que en realidad no participaba; prueba de ello es la inscripción del trípode consagrado en Delfos y que los Griegos hicieron borrar más tarde: «Pausanias general de los Helenos, después de destruir el ejército meda, dedicó este monumento á Phebo» <sup>2)</sup>; pues el sano juicio y la moderación del poeta no aprobaría la arrogancia del general espartano que en estos versos se vislumbra. Simónides compuso casi todos sus epigramas en forma elegíaca, que solo abandonaba cuando un nombre <sup>3)</sup> (por tener una sílaba breve entre dos largas) no se acomodaba al metro dactílico, en cuyo caso empleaba el trocaico. El carácter de la lengua y en particular el dialecto cuadraban perfectamente á la índole de la elegía; solo en las inscripciones de los monumentos dóricos se encuentran á veces vestigios de este dialecto.

<sup>1)</sup> Las palabras son las siguientes, 133 de Bergk [aunque dúdase de su autenticidad]:

Τὸν τραγόπουν ἐμὲ Πᾶνα, τὸν Ἀρκάδα, τὸν κατὰ Μήρων,  
τὸν μετ' Ἀθηναίων στήσατο Μιλτιάδης.

<sup>2)</sup> Fragm. 138.

<sup>3)</sup> Como Ἀρχεναύτης, 112, Ἰππόνικος, 148. [Véase también 125, donde entre dos disticos (el pentámetro del último parece perdido), hay dos yambos; el 155, donde el exámetro sigue un verso de diez sílabas; el epigrama 161 compuesto de dos trímetros yámbicos, y finalmente el 165, el cual en dos exámetros encierra el siguiente chiste:

Σῶσος καὶ Σωσῶ σωτήρια τὸνδ' ἀνέθηκαν,  
Σῶσος μὲν σωθεὶς, Σωσῶ δ' ὅτι Σῶσος ἐσώθη.]